

griegas en la misma situación respecto de estas que la Inglaterra con relación á la Francia actual. Teniendo poco mas ó menos la misma constitucion, las mismas riquezas y el mismo espíritu guerrero y mercantil que la gran Bretaña, separada como esta del país insurreccionado por el mar, siendo tan libre ó mas que ese mismo país, estaba á cubierto de la influencia militar de Esparta y Atenas por la superioridad de sus buques, y del contagio de sus opiniones políticas por la excelencia de su propio gobierno. Las naciones marítimas tienen la inapreciable ventaja de estar menos expuestas que los pueblos agrícolas á la acción de los movimientos de otros países. Además de la barrera natural que les defiende de toda fuerza invasiva, la parte sobrante de su población puede, si habitan en una isla ó en una region separada del continente, hallar fácil salida sin tener que permanecer estancada en un estado de fermentacion en lo interior del país. Los demás ciudadanos hallan medio de ocupar su actividad en el comercio nacional sin tener que tomar parte en cabildaciones políticas. Donde los brazos tienen ocupacion, el espíritu está en reposo.

Al caer los Pisistrátidas, Cartago estaba aun al frente del imperio de los mares y del tráfico del mundo entero establecido sobre las ruinas del comercio de Tyro, asi como la Inglaterra de nuestros tiempos sobre las ruinas del de Holanda. Por otra no menos rara coincidencia, creyó tambien Cartago deber tomar parte activa contra la revolucion griega y favorecer la monarquía. Jerjes, que aparentando restablecer á Hippias en el trono, meditaba la conquista del Atica y del Peloponeso, comprometió á los cartagineses á que atacaran á un mismo tiempo las colonias griegas de Sicilia (1). Amilcar al frente de un ejército de mas de trescientos mil hombres y una numerosa escuadra, puso sitio á Himera (2). Gelon vino corriendo desde Siracusa á defender la plaza con cincuenta mil ciudadanos, cayó sobre el general africano, destruyó completamente su ejército y le obligó á arrojarle en una hoguera que estaba dispuesta para hacer un sacrificio (3).

El entusiasmo en la victoria y el desaliento en las desgracias es uno de los rasgos característicos que los soberanos de los mares en otros tiempos tienen de comun con los señores actuales del Océano (4). ¿Cuántas veces durante las presentes hostilidades, si no hubiera estado sostenida por la varonil firmeza de sus ministros, habria la Inglaterra ido á echarse á los pies de su rival?

No bien llegó á Cartago la noticia de la destruccion del ejército, cuando todo el pueblo cayó en la desesperacion y trató de comprar la paz á toda costa. Con este objeto enviaron humildes diputaciones á Gelon, que se mostró digno de la victoria por la moderacion con que trató á los vencidos, exigiendo únicamente que le pagaran los gastos de la guerra, cuyo total no ascendió á mas de dos mil talentos (5).

Asi se terminó para los Cartagineses aquella guerra tan funesta á todos los aliados, que tambien presentó la circunstancia de haber ido cesando poco á poco como la guerra actual por medio de la paz forzosa y parcial de distintos coaligados (6). Desde el tratado de Africa y Grecia vivieron ambos países en buena inteligencia; y hallándose el influjo de la revolucion

(1) Diod., lib. xi, p. 1.

(2) *Id.*, *Ibid.*, p. 16 y 22.

(3) HERODOT., lib. vii, p. 167.

(4) HUME S., *Hist. of England.*, etc. etc.

(5) Diez millones ochocientos mil francos, suponiendo que los talentos fuesen áticos, y doce millones seiscientos mil idem, si se habian contado, como es muy probable, en moneda de Oriente. No sabemos á punto fijo el valor del talento púnico.

(6) Hablaremos de esto en el cuadro general de la guerra médica.

republicana detenido por las causas que he indicado, no produjo por lo tocante á Cartago mas que la calamidad pasajera terminada por la magnanimidad de Gelon (a).

CAPITULO XXXVII.

IBERIA.

En la orilla del estrecho de Cádiz opuesta á las posesiones africanas de Cartago, existía una region llamada Iberia, cuya historia durante el período á que nos referimos, es aun poco conocida, aunque se sabe que el país estaba habitado por varios pueblos, celtas de origen, de los cuales unos se distinguían por su denuedo y por su desprecio de la vida, en tanto que los otros llenos de inocencia eran reputados por los mas justos de los hombres (7). Desgraciadamente en las arenas de sus rios iba envuelto un metal que despertó la codicia de otros pueblos.

Los tirios para apoderarse de ese metal engañaron por de pronto á los iberos: con no menor perfidia consiguieron imponerles su yugo los cartagineses, forzándoles á trabajar en las minas que no pocas veces les servian de sepultura estando aun vivos. Si este libro llegara á atravesar los mares y viniera á parar á manos de algun indio sepultado bajo los montes del

(a) El vicio radical de todos estos paralelos, dejando á parte las extravagancias que resultan de ellos, consiste en suponer que la sociedad de aquel tiempo era parecida á la actual, siendo asi que no puede darse una cosa mas distinta.

Las relaciones que mediaban entre los pueblos eran escasísimas, y cada nacion vivía aislada ó ignoraba absolutamente lo que pasaba en el reino vecino. Comparar la caída de los Pisistrátidas en Atenas (que en realidad no eran mas que unos usurpadores de la autoridad popular), con la caída de los Borbones en Francia; investigar trabajosamente cuál pudo ser la influencia republicana de la Grecia sobre el Egipto, Cartago, Iberia, Escitia y la Gran Grecia, y tratar de encontrar relaciones entre la influencia de aquella revolucion y la de nuestros dias sobre los diversos gobiernos de Europa, es desconocer absolutamente la historia, ó mejor dicho, es falsearla del todo. Muy dudoso es que la Escitia, el Egipto, ni aun el mismo Cartago, hubieran oido hablar nunca de Hippias, y si este último pueblo atacó las colonias griegas por instigacion del rey de Persia, no debe considerarse mas que como uno de esos actos aislados, como resultado de la ambicion de un particular que en todos tiempos ha servido de pretexto á un pueblo para aprovecharse de las desgracias de otro.

No se hallaba tan adelantada la sociedad en aquellos tiempos remotos, para que las ideas políticas pudiesen convertirse en causa de un movimiento general. Viéronse algunas guerras religiosas, pero aun esas mismas fueron raras, y no pudieron pasar de ciertos limites. La antigüedad no llevó á cabo grandes revoluciones, sino por el espíritu de conquista: los persas, los griegos y los romanos no dilataron sus imperios sino por medio de las armas; la fuerza física, y no la moral era la que entonces dominaba. Cuando esta fuerza pasó, no quedó de los dominadores mas que algun monumento artístico, alguna ley civil, alguna ordenanza municipal, alguna regla de administracion, pero ni una sola idea política.

Roma era ya formidable, y estaba á punto de echar su mano sobre el Oriente, cuando los griegos apenas conocian la existencia de semejante pueblo, ni tenian noticia de las revoluciones ni de las leyes, de los enemigos que iban á invadir su territorio, y á pesar de eso, yo supongo que una pequeña revolucion consumada en la reducida ciudad de Temístocles, cuando toda la humanidad estaba aun medio sumergida en la barbarie, supongo que esa revolucion comunicó movimiento á todo el universo.

En los tiempos modernos el rechazo de las revoluciones ha sido mas ó menos fuerte, segun el grado de civilizacion de la época en que dichas revoluciones estallaron.

Nada hay exacto en los paralelos que he tratado de establecer, ni de esas comparaciones queda nada de positivo mas que algunas verdades de detalles independientes del fondo y de la forma. (N. ED.)

(7) Me refiero á la Bética, de cuyo país Fenelon hace una pintura tan interesante.

Potosí, sepa que los que ahora le hacen gemir en la lóbreguez perecieron tambien esclavos como él en su propio suelo nativo, y tuvieron que sacar de las entrañas de su madre patria oro para contentar la avaricia de unos extranjeros que las olas del mar condujeron á sus playas. Tal vez el indio al saber esa circunstancia adoraria en secreto la Providencia y no le parecería tan tenebrosa la oscuridad subterránea.

Es muy probable que los trastornos de la Grecia ejercieran de algun modo su influencia sobre los desgraciados habitantes de la Iberia. Cartago para pagar los gastos de la guerra de Sicilia debió necesariamente duplicar los sudores de sus esclavos (1). Cada peso duro que el vicio consume en Europa cuesta lágrimas de sangre en los abismos del continente americano. Asi es como todos los sucesos tienen íntimo enlace, y esa es la causa de que una revolucion haga sentir, á manera de una descarga eléctrica, su influencia en todas partes.

CAPITULO XXXVIII.

LOS CELTAS.

A este lado de los Pirineos habitaba un pueblo numeroso, conocido con el nombre de Celtas, cuyo poder se extendía sobre la Bretaña, las Galias, y la Germania. Íntimamente unido por sus costumbres é idioma, si hubiera conocido el arte de dar unidad á su gobierno, fácilmente habria podido aspirar al dominio del mundo.

Hay en la pintura de las naciones bárbaras cierto colorido romántico que provoca nuestra aficion. Complácenos el que se nos retraten costumbres distintas de las nuestras, particularmente si traen el sello de grandeza que imprime la antigüedad, á manera del inimitable colorido que los siglos comunican á los muros de piedra. Llenos de un religioso terror aun nos parece que asistimos con los galos de rizada cabellera, de túnica corta y sujeta al cuerpo con el ancho cinturón de cuero, á los terribles misterios de Teutates en el fondo de un bosque de encinas seculares y alrededor de una enorme piedra circular y aislada. Allí cerca está la jóven de ojos de color de cielo, y ademan agreste: una larga túnica ciñe su cuerpo revelando todos sus contornos: sus pies están desnudos: pende graciosamente de sus arqueados hombros, un manto de blanco lino, y su rubia cabellera está sujeta por los pliegues de una ancha venda, cuyas extremidades despues de rodear el seno y pasar por debajo el brazo ondean á lo lejos detrás de ella. En medio de todos los concurrentes, y de pié sobre el *Cromlech*, se ve el druida con la blanca túnica, un cuchillo de oro en la mano, y collar y brazaletes del mismo metal. Pronunciando ciertas palabras mágicas quema algunas hojas del muérdago sagrado, cogido el sexto dia del mes, en tanto que los *eubagos*, ó sacerdotes preparan en un zarzo de mimbres la víctima humana y los bardos pulsando suavemente el arpa cantan á media voz en lontananza á Odin, Thor, Tuiseo y Hela (2).

El gran cuerpo de los celtas se dividía en una multitud de pequeños Estados gobernados por *yarlas*, ó gefes militares. Estaba la parte política y civil de estos Estados encomendada á los Druidas (3). Esta célebre corporacion parece haber existido desde la mas remota antigüedad, y no faltan autores que la consideren como origen de las sectas sacerdotales

(1) La Iberia, las Galias, y hasta la Italia, tuvieron que dar tropas á Cartago para la expedicion contra Siracusa.

(2) Véase acerca de todo este pasaje el libro de Velleda en los Mártires. No comprendo qué relacion podrá tener nada de eso con el escrito de esta obra.

(3) CESAR, *de Bello Gall.*, lib. vi, cap. xiii; TACIT., *de More Germ.*, cap. vii.

de Oriente. (4) Dividiase en tres categorías, á saber, los druidas, depositarios de la sabiduria y autoridad; los *eubagos*, encargados del órden de los sacrificios, y los bardos que con sus cantos enaltecian las acciones de los héroes. Todos estos sacerdotes enseñaban la inmortalidad del alma, (5) la recompensa de las virtudes (6) y el castigo de los vicios (7) y un término fijado por la naturaleza para una felicidad general. (8) Muchos son los pueblos que han creído este último dogma, que se deriva de nuestras miserias. Puede la esperanza hacernos olvidar nuestros males, pero es como una bebida espirituosa que embriagando nos mata.

No es ocasion la presente de extendernos sobre los usos, luces y costumbres de las naciones bárbaras que en otro lugar nos suministraran un capítulo interesante. Siendo posterior al reinado de Jerjes lo que sabemos acerca de ese particular, incurriríamos en un anacronismo si tratáramos de hacer ahora su descripción. Nos limitaremos por lo tanto únicamente á demostrar que las revoluciones de Grecia extendieron su influencia hasta sobre esos pueblos salvajes.

Una colonia procedente de la Fócida, llena de amor á la libertad que no le era dado conservar en las playas del Asia, (9) vino á las Galias buscando la independencia bajo un cielo mas propicio y fundó la antigua Marsella. No tardaron las luces y el idioma de aquellos extranjeros en diseminarse entre los druidas. (10) Imposible es seguir en la oscuridad de la historia las consecuencias de tales innovaciones, pero bien se echa de ver que no pudieron menos de ser considerables, pues sabemos que á veces basta la menor alteracion en las costumbres de un pueblo para desnaturalizarlo.

Si recurrimos á conjeturas, podemos decir que el establecimiento de aquella colonia en las Galias, fue una de las causas secundarias de la esclavitud de estas últimas. Los marsellese, como antiguos y fieles aliados de los romanos, abrieron una puerta á los ejércitos de los Césares facilitándoles una retirada segura en el caso de una derrota. El conocimiento del país, su valor, sus luces, y todo por decirlo de una vez se convertía en daño de los pueblos de la Galia. (11) Asi es como los pueblos ejercen entre sí mutua influencia, sin que por eso los cabos de sus destinos dejen de venir á parar en la mano de Dios, y asi es tambien como en esa admirable trama no puede un hilo enredarse sin causar confusion en todo lo demás.

Los marsellese, que como acabamos de ver son de distinto origen que los otros pueblos de Francia, tienen tambien diverso carácter. Diríase que aun conservan el tumultuoso espíritu de sus fundadores, su valor impetuoso y del momento, y su entusiasmo por la libertad. Niégase en nuestros tiempos el poder de la sangre, porque no está conforme con los principios dominantes; pero es indudable que las razas de los hombres se perpetúan, asi como las de los animales (a).

Este es el motivo porque los antiguos legisladores querian que no se criaran sino los niños fuertes y ro-

(4) LAERT, lib. i.

(5) CÉSAR, *de Bell. Gall.*, cap. xiv.

(6) Los dos *Edda*.

(7) SÆMUNDUS SNORRO, *trad. lat.*

(8) *Id.*, *Ibid.*

(9) Año de Roma 165.

(10) ESTRAB., lib. iv, p. 181. Ese autor dice que los galos aprendieron las letras de los marsellese. Lo cierto es que en tiempo de Julio César usaban aun los primeros de caracteres griegos en sus escritos.

(11) Como en el paso de Anibal á las Galias: Es demasiado sabida la adhesion de la república de Marsella á los romanos, y los diversos servicios que les prestó para entreternos en dar mas detalles.

(a) Si, pero tambien esas razas se empobrecen, se gastan y degeneran como las de los animales. (N. ED.)

bustos, como suele tal vez hacerse con las razas de los caballos.

CAPITULO XXXIX.

ITALIA.

La Italia en tiempo de la revolucion republicana de Grecia, estaba así como en nuestros tiempos dividida en muchos pequeños Estados, que presentaban muy poca diferencia en cuanto á sus costumbres é idioma. Los consideramos todos en un grupo para evitar detalles inútiles.

En casi todos esos pueblos dominaba la constitucion monárquica (1).

Su religion era parecida á la de los griegos y posteriormente le añadieron el arte de la auguración.

Su trage no carecia enteramente de lujo, ni sus costumbres de corrupcion: (2) efecto lo uno y lo otro del contacto con las ciudades de la Gran Grecia.

Aquellos pueblos contaban ya algunos filósofos.

Tages, el mas antiguo de estos, fue un impostor, ó un insensato que inventó la ciencia de los preságios (3).

Otro autor desconocido escribió sobre el sistema de la naturaleza: decia entre otras cosas que este mundo visible tardó sesenta siglos en llegar á disposicion de poder ser habitado, que durará un período igual antes de destruirse del todo y que el total de su existencia será de doce mil años (4).

Rómulo y Numa habian ya brillado en materias políticas, y Plutarco los compara el primero á Teseo y el segundo á Licurgo. (5) Es tan feliz esta comparación por lo tocante á Rómulo, como desacertada por lo relativo á Numa. ¿Qué hay de comun entre las leyes teocráticas del rey de Roma con las instituciones sublimes del legislador de Esparta? (6) (a). Muchos filósofos se han entusiasmado por Numa, solo por haber sido discípulo de Pitágoras. La cronología demuestra que ha mediado mas de un siglo entre la existencia de esos dos hombres. En tal caso ¿á dónde va á parar el mérito de Numa? ¿Cuántos hombres hay que no deban su reputacion mas que á un error de fecha!

CAPITULO XL.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN ROMA.

En la época del establecimiento de las repúblicas de Grecia se efectuó tambien una gran revolucion en Italia. El año que vió salir desterrado del Atica á su tirano, vió tambien caer el del Lacio. (b) Si se atiende á las consecuencias de estos dos sucesos tendrá que figurar ese año como uno de los mas célebres de la historia.

El derrocamiento de la monarquía de Atenas produjo viva sensacion en Roma. Bruto habia ido por mandado de Tarquino al oráculo del Delfos cuando

(1) LIV., lib. I, núm. 15; VELLEI., lib. V, núm. 1; DENTINA., *Istor. det Ital.*

(2) En el siglo mas virtuoso de Roma, el hijo del gran Cincinato fue acusado de frecuentar demasiado las mancebias. Es cosa sabida el lujo del último Tarquino.

(3) OVID., *Metam.*, lib. XV

(4) Sistema algo parecido al de Buffon, menos en lo tocante á la longitud de los períodos.

(5) *In vit. Romul., Thes.* etc

(6) La prueba del vicio de las leyes de Numa, es el haber caído á los cien años, y haber el Senado mandado quemar el libro donde estaban escritas, hallado en el sepulcro de aquel rey.

(a) Mucho ha disminuido mi admiracion por las leyes de Licurgo; todo lo que está en contradiccion con las leyes naturales, lleva consigo algo de vicioso y sofisticado. Por lo tocante á Numa, hay que advertir que mi *filosofismo* no me permitia tratarlo de otro modo.

(b) PLIN., lib. XXXIV, cap. IV.

ocurrió la caída de Hipias. No puedo creer que el corazón del patriota no latiera con mas energia cuando al salir de su país esclavo puso su pie en aquella tierra de independencia. El espectáculo de un pueblo que estaba en fermentacion y á punto de desgarrar sus cadenas debió necesariamente inflamar la sangre del magnánimo romano. Tal vez al oír contar la muerte de Harmodio, referida por algun sacerdote del templo, brilló en la frente de Bruto algun rayo que reveló toda la gloria que Roma adquirió en los siglos venideros. Regresó por fin el ilustre enviado á las orillas del Tíber, sintiéndose no vanamente poseído del espíritu que agitaba á la sacerdotisa Delfica, sino inspirado del número que da la libertad á los pueblos y no se revela sino á los grandes hombres. (c)

Roma en lo sucesivo volvió á recurrir á la Grecia, y los atenienses fueron los legisladores del primer pueblo de la tierra. Esta circunstancia está relacionada con la influencia de otra revolucion de que hablaré en lo sucesivo. Mas la política de Atica, que penetraba en Italia por mediacion de la Gran Grecia, halló un invencible obstáculo en la dichosa ignorancia de los pueblos del interior de Italia. Acostumbrados los ciudadanos de aquellos pueblos á los ejercicios marciales, á obedecer las leyes y á respetar los dioses, no iban á las escuelas de la demagogía (d) á aprender vana palabrería acerca de los derechos del hombre y á trastornar el orden de su país. Los magistrados tenían buen cuidado de que esas inútiles luces no corrompieran la juventud. Roma, finalmente, opuso á Grecia una república á otra república, una libertad á otra libertad, y con sus propias virtudes supo hacer frente á las virtudes extranjeras.

Si hay quien se admira de lo que acabo de decir, tenga presente que he dicho *virtudes*, y no *virtud*: dos cosas totalmente distintas, y que sin embargo acostumbramos confundir con bastante frecuencia. La primera, la virtud es inmutable y es propia de todos los tiempos y todas las cosas; las segundas, esto es, las virtudes, son propiamente convencionales y de pura localidad; aquí se llaman virtudes y mas allá se llaman vicios. Tal vez me replicaran que es una distincion poco exacta; que de ella se deduce que la virtud es un sentimiento innato y sin embargo vemos que son tan pocos los que la tienen, y muchos los que al parecer están absolutamente privados de ella. Y ¿por qué razon hemos de exigir del corazón sus funciones mas sublimes, cuando la maravillosa obra se halla aun en manos del artífice?

No se diga que es una empresa frívola el empeñarse en probar la poca influencia que el establecimiento de los gobiernos populares entre los griegos debió ejercer en Roma, objetando que siendo esta republicana, no podia ser sugerida por otros gobiernos de su misma clase. Francia, siendo republicana, ¿no ha destruido á Ginebra y á Holanda? ¿no ha conmovido á Génova, Venecia y la Suiza? ¿No ha estado á punto de trastornar á la misma América? Sin vuestra influencia, Oh Varon insigne (e) que os dignásteis recibirme en vuestra morada, que yo visité con tanto respeto como un templo, ¿qué habria sido de ese hermoso país?

CAPITULO XLI.

LA GRAN GRECIA.

Los atenienses, los aqueos y los lacedemonios, ha-

(c) Nótese que estos sentimientos prueban que no es un espíritu de oposicion el que me los hace revelar en la actualidad. (N. ED.)

(d) Siempre he distinguido y distingo el espíritu demagógico del espíritu de libertad y las falsas luces de la verdadera ilustracion. (N. ED.)

(e) Washington. Sin la intervencion de ese grande hombre, la revolucion francesa habria destruido el pacto federal.

bian ido sucesivamente estableciendo varias colonias en las costas de Italia y á todas ellas reunidas se les daba el nombre de Gran Grecia. Entre esas ciudades, Sibaris, Crotona y Tarento, adquirieron brevemente celebridad por sus disensiones políticas, costumbres relajadas é ilustracion. Así como los pueblos de donde habian tomado su origen, amaban tambien ellas apasionadamente la libertad, pero no conocian el arte de conservarla. Tan pronto repúblicas, como sometidas á los tiranos, iban pasando por un círculo continuo de revoluciones, y de la relajacion mas desenfrenada á la esclavitud mas vergonzosa (1).

Hacia el tiempo de la revolucion de los Pisistrátidas en Atenas, fue cuando Pitágoras de Samos fijó despues de largos viajes su residencia en Crotona. Este filósofo, uno de los mas elevados talentos de la antigüedad, y fundador de la secta que lleva su nombre, habia adquirido sus conocimientos entre los sacerdotes de Egipto, de Persia y de la India. (2) Sus nociones acerca de la divinidad eran sublimes, y consideraba á Dios como una unidad de donde dimanaba la causa que él habia empleado para la creacion. De la accion que ejerció sobre esta causa salió luego el universo. De aquí resultaba que como *todo* traia su origen de Dios, ese *todo* debia ser tambien parte de la divinidad: de manera que la doctrina de aquel filósofo venia por último á caer en los absurdos del sistema de Espinosa; con la diferencia que Pitágoras admitia el principio como espíritu, y el sectario no lo admite sino como materia. (a)

El dogma de la transmigracion de las almas que el sabio filósofo de Samos aprendió de los bramias y ginosophistas de Oriente (3) es demasiado conocido de todo el mundo para que yo me entretenga en hablar de él. Por absurdo que nos parezca, puesto que no es posible concebir como la memoria, que nada mas es que una imágen producida por los sentidos, puede pertenecer al espíritu desprendido de estos, sin embargo no deja de ser un sistema tan lleno de incongruencias como otros muchos que se han defendido. Ademas de que la meteméncosis física milita en su favor, con él pueden los *Pitagóricos* hallar solucion de varias dificultades concernientes á la otra vida; pues á sus ojos el universo no es mas que un *todo* eterno, donde nada se aniquila, ni nada se crea. De este modo la doctrina de Pitágoras era á manera de un círculo cuyos extremos necesariamente debian estar en contacto; pues de los principios de la transmigracion era forzoso retroceder á la idea primitiva que aquel filósofo habia concedido del *ser*, ó de lo que *existe por sí mismo*.

Si Pitágoras se hubiera contentado con sondear el abismo de la tumba, no habria sido muy acreedor al agradecimiento de los hombres; pero lo mereció altamente dedicándose á otros estudios mas útiles á la humanidad. Su sistema de la Naturaleza es como el de las *Harmonías*, desarrollado en nuestros tiempos por Bernardino de Saint-Pierre, que ha sabido dar el mas agradable colorido á la mas pura moral.

El sabio de Samos, lo mismo que el amigo de Juan Jacobo, representaba el universo como un gran cuerpo perfecto en su simetría, movido por leyes armónicas y eternas. El mas perfecto entre los números armónicos, el 4 segun Pitágoras, y el 5 segun Bernardino de Saint-Pierre, componia en la serie de las

(1) STRAB., lib. VI.

(2) YAMBILICO., *In vit. Pith.*

(a) Yo me sentia muy inclinado al estudio de esa metafísica religiosa, como puede interesar de las pruebas metafísicas de la existencia de Dios puestas en las notas del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(3) No puede enteramente afirmarse que Pitágoras hubiese recorrido la Persia y la India. Solo lo afirman así algunos escritores muy posteriores al siglo de Pitágoras. Yamblico está lleno de fábulas.

cosas creadas una aritmética misteriosa, de la que se derivaban los secretos y las gracias de la naturaleza. El etéreo espacio estaba lleno de melodias de las esferas que giraban por él, y los dioses benéficos se dignaban comunicarse alguna vez con los mortales por medio del sueño.

Quiso Pitágoras añadir á la gloria de naturalista, la peligrosa corona de legislador. Su política fue religiosa y dulce como la de Bernardino, y estando convenido que de unas costumbres puras no puede menos de derivarse una buena constitucion, recomendaba con mas ahinco la sencillez de corazón que la forma de gobierno. Muy distinto cuadro que los modernos legisladores presenta el anciano Pitágoras con su venerable barba hasta la cintura, una corona de oro sobre sus blancos cabellos y una larga túnica de lino de Egipto, enseñando al son de la lira la mas amable moral á los pueblos reunidos. Por de pronto los resultados que el sabio consiguió con su palabra fueron inmensos: verificóse una revolucion general en Crotona; pero cansándose luego los habitantes de esa ciudad de las reformas que el filósofo iba llevando á cabo, le acusaron de conspirar contra el Estado, aunque mejor hubieran dicho de conspirar contra sus vicios. Quemaron vivos á sus discípulos en el colegio, y le obligaron á sepultarse en los bosques donde pereció miserablemente (4).

Dudan los sabios si Pitágoras dejó algunas obras. Voy á presentar al lector los *Versos dorados* que se se le atribuyen (5) ó que por lo menos encierran toda su doctrina. Los principales de los setenta y dos que componen el número total son los siguientes:

Honra á los dioses inmortales del modo y forma que lo mande la ley. Respeta el juramento con toda clase de religion. La muerte es inevitable; así lo previene el destino. El poder habita cerca de la necesidad. No les toca á los hombres honrados la mayor parte de los sufrimientos. Unos hombres discurren bien y otros discurren mal; pero tú guárdate de admirar á los unos, ni despreciar á los otros. No te dejes deslumbrar. Cuida de que en lo venidero no tengas que arrepentirte de lo que haces en la actualidad. Principia el día por medio de la oracion, y de ese modo conocerás la constitucion de Dios y de los hombres, y la relacion de los seres entre sí; conocerás con arreglo al espíritu de justicia que el universo es el mismo en todas partes; no esperarás que se realice lo que no puede realizarse porque no existe; comprenderás que nuestros males son voluntarios; que ignoramos cuán cerca de nosotros se halla la felicidad; que es muy reducido el número de los que saben librarse de los padecimientos; y que andamos rodando á merced del destino como cilindros movidos por la discordia (6).

Si se meditan atentamente los *Versos dorados* se verá que en ellos se encierran todos los principios de las verdades morales, cubiertas á veces con un velo de misterio que les comunica nuevo atractivo. Encuéntrense en Bernardino de Saint-Pierre, una multitud de pensamientos verdaderos y de reflexiones interesantes, expresadas con el íntimo acento del corazón. Sirvan de ejemplos los siguientes:

La muerte es un bien para todos los hombres: es

(4) Refiérese de varias maneras la muerte de Pitágoras. Solo Diógenes Laercio la refiere de cuatro modos distintos.

(5) Algunos creen que esos versos son de Empedocles. Al preparar estas páginas para la prensa, me ha hecho Mr. Peltier el obsequio de enviarme un libro, que me podia haber ahorrado mucho trabajo si hubiera llegado antes á mis manos. Intitúlase ese libro *Noches literarias*, que se extiende desde el mes de octubre de 1795 hasta junio ó julio de 1796. Las elegantes traducciones que trae ese libro, hubieran contribuido mucho al ornato del mio, y me habrian librado del trabajo de la traduccion.

(6) *Poet. Minor. Grec.*

la noche que sigue al día turbulento que se llama vida.—El mejor de los libros que no predica mas que igualdad, amistad, humanidad y concordia, el Evangelio, ha servido de pretexto por espacio de siglos á los furros de los europeos... En vista de esto ¿quién se lisonjeará de ser útil á los hombres por medio de un libro?—¿Quién querría vivir si el tiempo venidero no estuviere cubierto con un velo? Una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes!—Tan necesaria es la soledad á la dicha, aun en el mismo mundo, que me parece imposible gustar un placer duradero de cualquier género que sea, ni arreglar la conducta bajo ningún principio estable, sin recogerse el ánimo á una soledad interior, de donde sale rara vez nuestra opinion y á donde nunca entra la ajená.—En esa isla, situada en el camino de la India.... ¿Qué europeo se resignaría á vivir dichoso, pero pobre é ignorado? No hay mas que un lado agradable de conocer en la vida humana: semejante al globo con el que vamos girando por el espacio, nuestra rápida revolucion se verifica en un día, y una parte de este día no puede ser iluminada sin que la otra quede sumergida en la oscuridad.—La vida del hombre con todos sus proyectos se va elevando á manera de una torre, cuya cúpula es la muerte.—Hay males tan terribles y poco merecidos que desconciertan hasta á las mismas esperanzas del sabio.—La paciencia es el valor de la virtud.—Los seres sensibles y afligidos tratan por un instinto comun de refugiarse á los sitios mas agrestes y desiertos, como si las rocas pudieran servir de baluarte contra el infortunio, ó si como la calma de la naturaleza pudiese apaciguar las funestas agitaciones del alma.

CAPITULO XLII.

CONTINUACION.—ZALEUCO.—CHARONDAS.

Pitágoras fue seguido de otros dos legisladores Zaleuco y Charondas, que brillaron en la Gran Grecia, en la época de mas gloria de la madre patria.

Charondas se aplicó menos á la política que á la reforma de la moral, pues estaba en la inteligencia que el gobierno seria lo que las costumbres fuesen. Hé aquí sus principales máximas:

«Azotad al calumniador. Entregad el malvado á su propio corazón, dejándolo en una profunda soledad: sea castigado todo el que se enlace amistosamente con el perverso. El que proponga una inovacion en las leyes antiguas, preséntese con un dogal al cuello para ser estrangulado en el caso de reprobarse su proyectos.

Zaleuco fundó su legislación sobre el principio del teísmo. «Dios, pide almas puras, caritativas y amantes de los hombres.» Sin embargo, las leyes suntuarias de este filósofo demuestran que tuvo muy poco conocimiento de la humanidad. Creyó desterrar el lujo y arrancar la máscara á la corrupcion, permitiendo solamente á las personas de mala vida el uso de costosos adornos. No comprendió que el ciudadano deshonrado no repararía mucho en tomar una nueva máscara para parecer hombre de bien. Para dejarle en posesion de sus vicios no merecia la pena de hacerle representar otra farsa.

CAPITULO XLIII.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION DE ATENAS SOBRE LA GRAN GRECIA.

Considerable y en un excelente sentido fue la influencia de la revolucion de Grecia en sus colonias de Italia. Crotona y Sibaris al caer la monarquía de Atenas estaban sumergidas en los horrores de las guerras civiles y entregadas á la rapacidad de hordas

de malvados (1). Es cosa digna de notarse, que los vástagos de un Estado aventajan siempre en lujosa é inutil vegetacion al tronco paterno. Hombres, abandonados en una playa desierta, se creen súbitamente redimidos del freno de las leyes, y al verse lejos de la vigilancia de los magistrados, se abandonan á los desórdenes de la sociedad sin tener las virtudes de la naturaleza. La fertilidad de un terreno no gastado, los eleva prontamente á la prosperidad, y de estas dos causas combinadas resulta esa mezcla de riquezas y de malas costumbres que por lo general domina en las colonias.

De todos modos no debemos dejar pasar desapercibido que la revolucion republicana de Francia aceleró la destruccion de las islas de América, en tanto que el establecimiento del gobierno popular en Atenas retardó por el contrario la de las ciudades griegas de Italia. Lamentando Atenas la suerte de aquellas desgraciadas poblaciones, las reforzó con una nueva asociacion de ciudadanos de la metrópoli que por de pronto restablecieron la tranquilidad y edificaron una ciudad á la que Charondas dió leyes. Mas esos buenos resultados fueron de muy breve duracion: el mal habia arrojado profundas raices y no era posible extirparlo; la enfermedad del cuerpo político no podia tener otra terminacion mas que la muerte.

CAPITULO XLIV.

SICILIA.

En la extremidad de la Gran Grecia se encuentra la isla de Sicilia (2) que en aquella antigüedad contaba ya con ilustres ciudades. Nosotros no fijaremos la atencion sino sobre Siracusa que tanto figuraba en la historia de la raza humana.

Arquias de Corinto fundó esta colonia hácia el año cuarto de la décimo-sétima olimpiada. Desde aquel momento hasta la brillante época de la libertad griega, apenas se hace mencion de ella en la historia. Si la oscuridad constituye la dicha, lícito nos será presumir que Siracusa debió ser dichosa. Costaronle empero muy caros aquellos momentos de tranquilidad; no parece sino que no es posible gozar impunemente de la dicha. El ser feliz solo es por excepcion y por injusticia, pues estando tasada la cantidad de bienes y males de que es susceptible la capacidad humana, no se da el bien á uno, sino aumentando la suma de los males á otro. Es el bien á manera de un préstamo: no tardará el que lo goza en tener que devolver el capital y los réditos con usura. Ejemplo son de esta triste verdad los siracusanos. Desde el momento que Jerjes invadió la Grecia, ningún pueblo presentó un espectáculo mas admirable: en aquel mismo instante principió una revolucion extraña y continua, que no acabó sino cuando los romanos se apoderaron de la metrópoli. Fue cosa bastante vulgar ver reyes que de la cumbre de la grandeza rodaban al abismo de la miseria; hoy monarcas, mañana maestros de niños... Pero no anticipemos ese grandioso asunto.

La forma del gobierno de Sicilia habia sido republicana hasta la caída de los Pisistrátidas en Atenas, y las costumbres, la política y la religion habian seguido siendo las mismas que las de la metrópoli. Ya habian figurado un historiador llamado *Antioco*, muchos sofistas y algunos poetas, como *Stesicore*, *Parmenides*, etc. Fue ademas aquella célebre isla el pun-

(1) Esto se demuestra por la muerte de Charondas, que habiendo entrado con armas en la asamblea del pueblo al volver de una expedicion contra los facciosos, se traspasó con su propia espada, por cumplir lo que el mismo habia mandado contra los que entraran armados en aquel recinto.

(2) Tuvo alternativamente los nombres de *Tinacria*, *Sicania* y *Sicilia*, y anteriormente se llamó *Pais de los Les-trigones*. (HOM. Y VIRG.)

to de reunion de todos los ingenios de la Grecia, atraídos sin duda por el oro de los tiranos que se complacian en oír sus habladurías políticas y sus disensiones literarias (1).

CAPITULO XLV.

CONTINUACION.

Hemos entrevisto ya al hablar de Cartago que la reaccion de la revolucion griega fue rápida y de larga duracion en Sicilia. Siracusa como por rechazo de la muerte de Hipias, se vió atacada por los cartagineses, y degraiciadamente al librarse de estos puede decirse que fraguó sus propias cadenas, elevando por gratitud á su general Gelon á la monarquía. Asi es como á merced de las eventualidades de la fortuna, madre de las virtudes y de los vicios, de la reputacion y la oscuridad; del bienestar y del infortunio, la misma revolucion que dió libertad á la Grecia, produjo la esclavitud en Sicilia (a).

Otro asunto mas halagüeño llama nuestra atencion. Grato es fijar la vista cansada del espectáculo de los vicios, en las tranquilas escenas de la inocencia. Atravesando el mar Adriático vamos desde luego á buscar en las orillas del Danubio las virtudes que no nos ha sido posible encontrar en las riberas de Italia. Puede uno tal vez detenerse con cierto interés en medio de una sociedad corrompida; pero el corazón no se dilata mas que al hallarse entre hombres justos.

CAPITULO XLVI.

LAS TRES EDADES DE LA ESCITIA Y DE LA SUIZA (2).—PRIMERA EDAD.—LA ESCITIA FELIZ Y SALVAJE.

Los afortunados escitas, á quienes los griegos daban el nombre de *barbaros*, habitaban aquellas regiones septentrionales que se extienden al Este de Europa y al Oeste del Asia. Un rey, ó mas bien dicho un padre, guiaba aquel pueblo errante que á manera de hijos le seguia mas bien por amor que por deber, y como que no tenian ni mas justicia que su sencillez, ni mas leyes que sus buenas costumbres, en él encontraban un árbitro durante la paz y un caudillo durante la guerra. ¿Qué habrian los monarcas vecinos ganado en atacar á un pueblo que despreciaba el oro y la vida? Darlo tuvo la insensatez de hacerlo y recibió de sus enemigos el energético símbolo, que fue presagio de su ruina. Habiéndolos invitado á un combate sin mas motivo que su vana arrogancia, «ven, le contestaron aquellos hombres tan pobres como virtuosos, ven á atacar los sepulcros de nuestros padres. No era ciertamente una presa muy apetecible para un ambicioso tirano.

(1) Pindaro daba á sus rivales en la corte de Hieron el nombre de *Cuervos graznadores*. Por otra parte Simónides referia con toda gravedad máximas políticas al tirano raquitico y de mal humor que sin duda se acordaria de que el adulator de Hiparco habia elevado á las nubes á los asesinos de aquel principe. Pindaro por su parte fatigaba el ingenio por celebrar los caballos de Hieron etc. ¿Cuándo sabrán los literatos sostener su propia dignidad? ¿Cuándo cesarán de adular á los tiranos, cualquiera que sea el nombre que estos tengan?

(a) No escribiré mas notas por lo tocante á las comparaciones políticas que voy haciendo en esta obra, porque ya he dicho lo bastante acerca de su trivialidad. Otro tanto digo de mis aberraciones filosóficas: acabo de hablar en ese párrafo de la influencia de la fortuna, y á los pocos renglones volveré á tomar el tono de mis propias convicciones. En eso se revela mi buena fe, y el estado de vacilacion en que se hallaba mi espíritu. Buscaba con ansia la luz, y solo me era dado encontrarla momentáneamente. (N. ED.)

(2) Presento al lector las edades salvaje, pastoril-agricola, y filosófica y corrompida, como para darle, sin salir del asunto, un índice, una miniatura de la historia del hombre.

Libre como el ave de las selvas, el escita, sentado á la fresca sombra de sus valles, veia en derredor agrupadas las caras prendas de su carazon, y extenderse por la llanura los rebaños que constituian su riqueza. La miel que hallaba en las concavidades de las rocas, la leche de las cabras bastaban para contentar todas las necesidades de su vida; la tierna amistad satisfacía los deseos de su corazón. Cuando faltaba pasto á sus ganados, montaba con toda su familia en un carro cubierto de pieles, y al través de los bosques iba á buscar las riberas de algun rio desconocido, cuyas orillas alfombradas de verde cesped, y cuya soledad deliciosa le invitaban á fijar por algun tiempo su residencia.

¡Con que suave dulzura debian pasar las horas de la vida para aquel pueblo amado del cielo! Mil delicias desconocidas para nosotros brindaban á cada paso al hombre en su estado primitivo. Los bosques con su bóveda de follaje, los valles con su delicioso silencio, el rumor de las olas rompiéndose en lejanas playas, los últimos rayos del sol al ponerse tras de una elevada cima, son espectáculos sublimes que enaltecian su espíritu. ¡Cuántas veces entre los acebos que sombrean las orillas de un gran lago del Canadá, he visto al hijo predilecto de la naturaleza, que siente mucho y piensa poco, que no conoce mas razon que la de sus necesidades, y que llega á los resultados de la filosofía como el niño, jugando y durmiendo. Sentado, libre de toda inquietud en la puerta de su choza, ni siquiera se cuida de contar los dias que van pasando. La llegada de las aves de paso, no le hace suspirar por el año que acaba de perder, ni las nieblas de otoño no le anuncian sino la llegada de los hielos. En la frente del indio afortunado, hasta en el fondo de su alma, no se revela como en la nuestra esa expresion inquieta y agitada: solo expresa su rostro un ligero afecto de melancolía propia del exceso de felicidad, y que acaso no es mas que el presentimiento de su incertidumbre. Alguna vez por aquel instinto de tristeza particular de su corazón, se le sorprende como abismado en reflexiones, con la vista fija en alguna corriente, en una mata agitada por el viento ó en las nubes que vuelan fugitivas por encima de su cabeza y que como hemos dicho en otra parte pueden ser comparadas con las ilusiones de la vida. Al despertar de aquellas abstracciones, al volver en sí mismo le he observado muchas veces mirando tierna y agradecidamente al cielo, como tratando de buscar alguna cosa desconocida que cuida de la suerte del pobre salvaje.

Buenos escitas, ¿por qué no habreis prolongado vuestra feliz independencia hasta nuestros dias? Entre vosotros habria yo ido á buscar un asilo contra la tempestad. Lejos de las insensatas disputas de los hombres, mi vida se habria deslizado plenamente tranquila en vuestros desiertos, y mis cenizas honradas tal vez con vuestras lágrimas, habrian encontrado en vuestros solitarios bosques la pacífica tumba que les rehusará la tierra de la patria (b).

CAPITULO XLVII.

CONTINUACION DE LA PRIMERA EDAD, LA SUIZA POBRE Y VIRTUOSA.

El viajero que por primera vez entra en el territorio de la Suiza va trepando pensosamente por alguna cuesta cóncava y oscura, cuando de repente á la vuelta de un bosque se presenta como por encanto á sus ojos una vasta extension de terreno bañado enteramente de claridad. Las cimas de los Alpes cubiertas de nieve parecen columnas de alabastro en que des-

(b) Este capitulo está casi íntegramente reproducido en el *René*, en la *Atala* y en algunos párrafos del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

cansa la azulada bóveda del firmamento. De lo alto de las heladas montañas descienden torrentes y ríos cristalinicos; agitanse pendientes de las enormes masas de granito, las plantas que vegetan en las hendiduras de las rocas; los gamos saltan por encima de la catarata; desde la cornisa de una roca extiende al aire su ramaje un grupo de antiguas hayas; las hiedras festonean el mármol que algun día rodó con estrépito desde la cima más elevada; allá en el fondo de los abismos levantan su gigantesca cabeza los pinos y en medio de toda esa variedad en medio de todos esos contrastes aparece en el fondo al través de los álamos del valle la cabaña del suizo agrícola y guerrero.

Cuando las costumbres de un pueblo tienen analogía con el paisaje que animan, son duplicados nuestros goces. El antiguo cultivador de la Helvecia en medio de aquellas vegetaciones alpinas, tanto más robustas, cuanto más combatidas por los vientos, se arraigó vigorosamente en sus montañas conservando su libertad con tanto más denuedo, con cuanto más ahinco se empeñaron los tiranos en hacerle doblar su altiva frente. Adorar á Dios, defender el suelo patrio, cultivar su campo, amar á la esposa y á los hijos que el cielo le diera, he aquí la profesión de fe religiosa y política del suizo. Ignorando como el escita el valor del oro (1), no consideró que hubiera cosa digna de mayor aprecio que su independencia. Si alguna vez se dejaba ver en alguna morada de los reyes, su traje era sencillo como el de los aldeanos, y sus maneras francas como las de un hombre que no conoce dueño (2). «He visto, dice Felipe de Comines un embajador de ese pueblo (Suiz) cuyo traje era el más

(1) Después de contar Felipe de Comines la batalla en que Carlos el Temerario, duque de Borgoña, fue muerto por los suizos, refiere algunas anécdotas ocurridas al apoderarse del botín para probar la ignorancia en que se hallaban los vencedores, respecto de objetos de gran valor como el haber vendido por un florin un diamante que llevaba el duque, y que era uno de los de mas quilates que en aquella época se conocían.

(2) Cométese por lo regular un error por lo tocante á los autores de la independencia de los suizos. Los tres grandes patriotas que dieron libertad á su país se llamaban Stauffacher, Melchtal y Gautier Furst. Las trágicas escenas que preludieron la insurrección de la Helvecia, están latamente descritas en la *Helvetiorum República*, que según creo es de Simler. Ofrecen dichas escenas el más alto interés. La aventura del viejo Enrique, á quien el gobernador de Landenberg mandó arrancar los ojos; la del noble Wolfenschiz con la mujer del labrador Conrado, y la sorpresa de varias fortalezas de los duques de Austria por los aldeanos tienen un colorido de romanticismo, que combinándose con las grandes escenas de los Alpes, producen un vivo interés. Por lo tocante á la anécdota de la manzana y Guillermo Tell, es bastante dudosa. Grammaticus en la historia de Suecia, cuenta exactamente el mismo suceso relativo á un aldeano y á un gobernador sueco. Yo citaría ambos pasajes sino fuera por su demasiada longitud. Puede verse el primero en Simler (*Helvet. Resp.*, libro I, p. 58); el otro existe íntegramente al fin de Cokés *Letters on Switzerland*. En la p. 62 de la colección intitulada: *Codes Juris Gentium*, publicada por Guillermo Leibnitz en 1595, se encuentra el tratado original de alianza entre los tres primeros cantones, Uri, Schwitz y Underwalden: en ellos se lee: «Primero de marzo después de San Nicolás 1515: En Nombre de Dios, Amen.... Nosotros los aldeanos de Hury, de Schwitz y de Underwalden.... nos obligamos, mediante dichos juramentos, á no tolerar ni consentir ser gobernados por señores, ni recibir como tal á ningún príncipe. Si alguno de nosotros dañase á otro por loco, es decir, aparentando serlo, y obrando en realidad temeraria y maliciosamente, jamás el tal será reputado como paisano nuestro.» La virtud de aquellos buenos habitantes está caracterizada magníficamente en este rasgo. De paso haré la singular observación de que la ortografía de los documentos del siglo á que pertenecen el anterior escrito (el XIII) es mucho más fácil de leer que la del XV. Igual observación he hecho en las antiguas baladas escocesas, que se entienden mucho más fácilmente que el inglés del mismo período. En otro lugar sacaremos consecuencias de esta observación. (N. ED.)

humilde, y sin embargo decía su parecer como cualquiera otro.»

Los escitas en el mundo antiguo, y los suizos en el moderno llaman la atención de sus contemporáneos por la celebridad de su inocencia. Sin embargo, su diverso género de vida debió producir alguna diferencia en sus virtudes. Los primeros, como pastores, amaban la libertad por ella misma, y los segundos, como agrícolas, la amaban por sus propiedades. Aquellos no habían salido aun de la pureza primitiva; estos habían ya dado un paso hácia la civilización. Los unos poseían la felicidad del salvaje; los otros la iban substituyendo poco á poco con goces convencionales. Acaso esa felicidad que solo puede hallarse en el límite donde el estado de la naturaleza concluye y la sociedad principia, sería la mejor si pudiese ser duradera. Mas allá de los límites sociales los pueblos permanecen por algun tiempo á una misma distancia de nuestras instituciones, mas apenas han salvado la línea divisoria, caminan precipitadamente hácia la corrupción sin poderse detener.

Así es como á despecho de uno mismo, hay que detenerse á contemplar el cuadro de un pueblo que se halla contento. Parece que ocupándonos de la felicidad que disfrutan los otros, nos apropiamos alguna parte de ella. Adherimons á cuanto nos rodea y menos vivimos en nuestras propias sensaciones que en las de los otros. A este motivo es preciso atribuir la pasión que los miserables demuestran á los muebles, á los árboles y á los animales. El hombre sediento de felicidad, y desgraciado las más veces lucha sin cesar contra los males que le sumergen. Así como el marino que lucha con las olas, se agarra ansiosamente al que tiene al lado para salvarse aunque sea á costa suya. Si aun este recurso le falta, se aferra al recuerdo de sus pasadas felicidades, y de ellas se sirve para ir sobrenadando en un mar de dolores.

CAPITULO XLVIII.

SEGUNDA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA FILOSÓFICAS.

Si me hubiera detenido en este punto habria deseado dejar al lector una completa ilusión. Mas al trazar el cuadro de la felicidad humana, apenas asoma á los labios la sonrisa cuando los ojos están ya preñados de lágrimas.

No hay asilo que esté completamente al abrigo de las opiniones políticas, ni mares, desiertos, ni distancias que las detengan. Las de la Grecia republicana agitaron también los bosques de la Escitia y ahuyentaron la felicidad de sus pacíficas moradas.

La inocencia de un pueblo puede ser comparada con la sensitiva, que al solo contacto marchita todas sus hojas. La desgracia de los escitas consistió en haber producido filósofos que ignoraron esa verdad. Zamolxis en una época desconocida introdujo entre ellos un sistema de teología, cuyos principales artículos eran los siguientes: existencia de un Ser supremo, inmortalidad del alma y predestinación de los héroes que sucumbían en el campo de batalla.

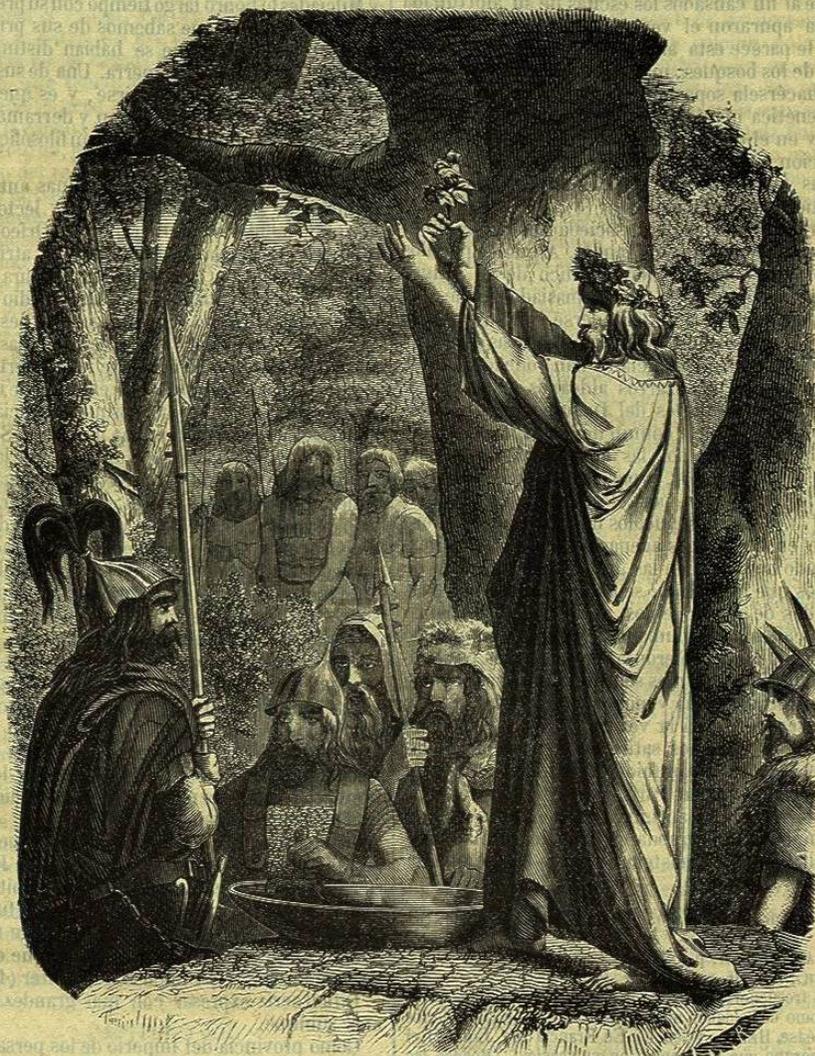
Este padre de la sabiduría de los escitas fue seguido de Abaris, como diputado de su nación en Atenas. Profesó este último la medicina, y suponía que viajaba por el aire en una flecha que Apolo le había dado. Fue célebre en los primeros siglos de la Iglesia por haber sido opuesto á Jesucristo por los platónicos.

Abaris tuvo por sucesor en reputación á Toxaris que abandonó á su mujer y á sus hijos para ir á estudiar á Atenas, donde urrió honrado por sus virtudes y probidad.

Pero el corruptor de la antigua sencillez de los escitas fue Anacarsis que llegó á creer que sus compatriotas eran bárbaros porque vivían en el estado de la naturaleza. La filosofía de Anacarsis era de aquellas

que nada ven más allá del límite de sus opiniones. Llevado de su entusiasmo á la Grecia abandonó su patria y fue á instruirse al lado de Solon en el arte de dar leyes á los que ninguna necesidad tenían de ellas. No tardó en granjearse el nombre de *sabio*, tan poco conveniente á la naturaleza humana, y se dió á conocer por sus máximas. Solía decir que la viña produce tres frutos: el primero el placer, el segundo la em-

briguez, y el tercero el remordimiento. A un ateniense de mala reputación que le echaba en cara su origen bárbaro le contestó en cierta ocasión. Yo debo avergonzarme de mi país; pero vos avergonzáis al vuestro. El orgullo y la bajeza de esta expresión son intolerables; el que pueda cometer la bajeza de renegar de su patria no merece ser escuchado por ningún hombre de bien. Decía también aquel filósofo que las leyes



CULTO DE TEUTATES.

CAPITULO XLIX.

CONTINUACION.—TERCERA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA CORROMPIDAS.—INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN LA PRIMERA, Y DE LA FRANCESA EN LA SEGUNDA.

Acabamos de ver que en el seno de Escitia nacieron hombres que creyéndose mejores que el resto de los ciudadanos se pusieron á moralizar á expensas de su felicidad y la de sus compatriotas. La revolución republicana de Grecia acabó de dar impulso á aquellos caracteres turbulentos, influyendo poderosamente en el destino de los pueblos normandos. Los Abaris y los

son parecidas á las telas de araña, que se rompen al impulso de las moscas grandes y solo detienen á las pequeñas. Escribió un tratado en verso del arte de la guerra, y un código de instituciones escitas. No es enteramente cierto que sean suyas las cartas que llevan su nombre.

Segun acabamos de ver la filosofía fue el primer grado de corrupción de los escitas. Cuando los suizos eran virtuosos, ignoraban también las ciencias y las artes. Así que empezaron á malearse sus costumbres aparecieron los Haller, los Tissot, los Gessner y los Lavater.